

La casa de los sueños rotos

Autora

Julia Alía Castillejos

Primer Premio

Categoría A • 14-18 AÑOS

2020

Autora

Julia Alía Castillejos

Barcelona, 2003

Actualmente está estudiando la carrera de Comunicación Audiovisual, pero también ha asistido a algunos cursos de escritura creativa en la Universidad Pompeu Fabra. Trabaja como profesora particular de lengua. Quedó primera en la categoría sub 18 en el concurso de relatos Hellín Dos Patrimonios (edición 2021), en el concurso de cartas de amor Can Sales (edición 2021) y en el de la Villa de Bolaños (edición 2021).

Está en proceso de publicar su primera novela.

LA CASA DE LOS SUEÑOS ROTOS

Julia Alía Castillejos

Te vemos entrar.

Sabemos que crees ser discreto. Se te nota: caminas de puntillas, miras por encima del hombro al andar. Alguien te está siguiendo y tú quieres perderlo. En realidad, también podemos ver a tu perseguidor desde aquí: da vueltas a unos pocos kilómetros de distancia, pero de momento no sabe dónde estás.

Llegas a nuestra puerta y llamas, aunque esté abierta, y nosotros bajamos a darte la bienvenida. No nos ves. ¿Cómo ibas a hacerlo? Para ti no somos más que recuerdos – recuerdos olvidados que nunca llegaron a existir.

Con cuidado, damos vueltas a tu alrededor para observarte. Has cambiado. Ya no eres ninguno de nosotros, ya hace mucho que dejamos de ser la misma persona; tu elegiste, cambiaste y te hiciste único, y nosotros quedamos relegados al olvido para siempre.

Miras a tu alrededor y no ves más que sueños truncados. Objetos simples, que podrían haber estado en cualquier otro lugar pero que, sin embargo, simbolizan algo más para ti. Eso es lo que ves en nosotros, lo que somos para ti: sombras del pasado. Bifurcaciones del camino que pasaste por alto. Elecciones que podrían haber sido diferentes y que acabaron por convertirte en lo que eres hoy.

Objetos depositados en armarios, en cajas, en baúles... todos ellos encierran una historia que, durante años, permaneció escondida tras las puertas de la casa de tu infancia.

Despacio, limpias las incontables capas de polvo de encima de una silla y te sientas. Quieres recordar, lo vemos en tu cara. Quieres, pero te da miedo. No entendemos por qué. Asumir qué se ha perdido nunca es fácil, pero estamos aquí para ti. Somos tú. Danos vida al menos durante unas horas.

Parece que pasan siglos, pero por fin te decides a recordar – y nos ves.

* * *

Tengo seis años. Estoy seguro, porque sé que ayer fue mi cumpleaños y mamá me regaló una muñeca. Es preciosa: blandita, bien vestida, con botones en vez de ojos. Me encantó. Quería llevarla conmigo a todas partes, pero mi padre no me dejó.

Recuerdo que mamá y él discutieron. Por la muñeca. Papá decía que no era juguete para un hombre, y mamá decía que claro que sí, que lo importante era que a mí me gustase. Entonces papá la pegó, me metió a rastras en el comedor y me preguntó si me gustaba la muñeca. Yo dije que no.

Ahora la muñeca está escondida en el armario de mamá. La saco de su cajón y me la quedo mirando un rato, sentado detrás de la cama. Solo puedo pensar en lo mucho que quiero jugar con ella. Pero mi padre ha pegado a mamá por culpa de esta muñeca, y yo no quiero ver a mamá llorar otra vez.

Justo entonces entra mi madre en la habitación y me ve con la muñeca. ¿Te gusta, cariño?, me pregunta. Aún se le nota la marca del golpe en la cara. Papá la pegó por mí. Me dijo que yo era una gran decepción y que no creía que pudiera haber alguien así en su propia casa. Y todo por una muñeca.

Así que le digo que no. Que es fea. Veo que eso le hace mucho daño. Se le llenan los ojos de lágrimas y yo sé que la he decepcionado. Ella sabe que estoy mintiendo. Sabe que quiero la muñeca. Pero soy orgulloso y no pienso retractarme, y eso también lo sabe. Muy bien, dice. Entonces me la llevo.

Y me quita la muñeca de las manos y se marcha con ella, y cuando lo hace yo siento, de alguna manera, que acabo de estropear las cosas para siempre.

* * *

Tengo doce años y Pelusa está enfermo. Pelusa es mi perro labrador, un animal enorme con el corazón de un osito de peluche que vive con nosotros desde que tengo memoria. Pero ahora es viejo, y está muy enfermo. Lleva días lloriqueando, tumbado en su cama sin moverse, y apenas prueba bocado de lo que le traemos. Mamá llora también. Dice que se va a morir.

Un día, papá entra al comedor con una pistola, me arranca del lado de Pelusa y me dice que va a haber que sacrificarlo. Lloro y le grito que no lo haga, que por favor no lo haga, pero él no me escucha. Arrastra al perro al jardín, conmigo detrás, y lo apunta con la pistola. Entonces me mira y me dice la gran decepción de hijo que soy. Y me pone la pistola en la mano.

Mátalo, me dice. Sabes cómo funciona una pistola, ¿no? Y yo, con un hilo de voz: sí. Entonces mátalo, hijo. Automáticamente apunto a Pelusa con el arma, y el perro me devuelve la mirada. Siento ganas de vomitar. No puedo matarlo, ha sido la mascota de la casa desde antes de que yo naciera. Y me mira con esos ojos negros tan profundos que me veo reflejado en ellos. Me echo a temblar. No puedo matarlo. No puedo.

La mano de mi padre aterriza en mi hombro y yo casi grito. Lo miro. Está enfadado conmigo, lo sé. ¿Y bien?, me pregunta. ¿Qué pasa, que eres un cobarde? Porque yo no quiero cobardes en esta familia.

Capto la amenaza velada tras esa frase y tengo miedo. Hace unos meses, un ladrón se coló en nuestra casa y papá, en vez de llamar a la policía, le pegó un tiro con esta misma pistola. No quiero ser yo el siguiente.

Me vuelvo hacia el perro, que ha empezado a lloriquear. Cierro los ojos con fuerza y lo apunto con la pistola. Lo siento, Pelusa, murmuro.

Y disparo.

* * *

Tengo veintiún años y llevo varios meses viviendo fuera de casa, con un amigo de toda la vida. Hoy es San Valentín. Los dos teníamos citas para esta noche, pero los dos las hemos cancelado por falta de ganas. Nos vamos a quedar en casa leyendo los dos. Será más divertido.

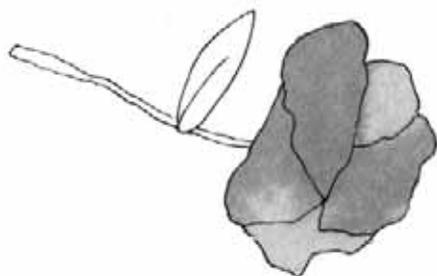
Mientras preparo la cena para llevarla al salón, noto que mi amigo está más disperso que de costumbre. Parece otro. No le doy importancia; hoy ha sido un día largo en el trabajo y debe de estar cansado. Así que llevo la comida al sofá, me siento a su lado y le robo un extremo de la manta. Él me mira y me sonrío, y me llama idiota. Pero no me quita la manta. Yo también le sonrío.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato, leyendo. Esto es agradable. Más que una cita de última hora con la primera chica que pasase por delante, que es, a grandes rasgos, lo que teníamos planeado. Me gusta estar con él. Él me entiende mejor que nadie, entiendo por lo que he pasado y me respeta.

Me cuesta un buen rato darme cuenta de que mi amigo me está mirando. Me vuelvo hacia él, sorprendido. ¿Qué pasa?, le pregunto, y él sonrío aún más. Tengo una cosa para ti, me dice. Dame las manos. Yo lo hago, y entonces él me pone entre ellas una rosa de papel. Me quedo de piedra. ¿Qué es esto?, casi le exijo, empezando a notar que me pongo nervioso sin poder evitarlo. Él se sorprende. Un regalo, contesta. Una flor. Yo le espeto que las flores son de mujeres, que nosotros somos hombres, que no tendría que haberlo hecho. Y, por algún motivo, siento que al decir esto le estoy mintiendo a la cara.

Sin embargo, mi amigo no pierde los papeles. Muy bien, me dice. Entonces cierra los ojos. Tengo otro regalo para ti. A ver si puedo hacerte cambiar de opinión. Y yo, sin saber por qué, le hago caso.

Me siento flotando en el aire durante unos segundos, con el corazón a punto de explotar, hasta que, salidos de ninguna parte, unos labios suaves y sutiles se apoyan sobre los míos. Estoy a punto de desmayarme. Mi mejor amigo acaba de besarme, y yo, antes de



poder reaccionar, ya le estoy devolviendo el beso. Entonces me doy cuenta de lo que sucede y me aparto.

¿Qué haces? Estoy furioso. Esto no puede ser. ¿Quién te has creído que eres?, le grito. ¿Quién mierdas te has creído que eres? Y él, que se hace un poco más pequeño con cada grito, me mira sin entender nada. Creía que nos gustábamos, me dice con un hilo de voz. Eso me enfurece aún más. ¡Pues no!, le grito, ¡claro que no!

Acto seguido huyo del comedor y me encierro en mi habitación, y menos de cinco minutos después ya vuelvo a estar fuera con el abrigo puesto y una maleta a rastras. Mi amigo viene detrás de mí a la carrera. ¿Adónde te crees que vas? Y yo lo alejo de un empujón. Lejos de ti, le contesto. Ahora mismo no quiero estar con él. No: no quiero estar con él, y punto. Ni ahora ni nunca.

Así que ignoro sus disculpas precipitadas, sus “era una broma” – porque sé que no lo era –, y, sin parar a pensar en lo que hago, salgo de lo que ha sido mi casa durante meses y cierro la puerta a mi espalda, sin mirar atrás.

Y, de repente, estoy en la calle. Solo, sin un lugar al que ir, sin la persona en la que más confiaba en este mundo. Hecho pedazos. No sé qué hacer, siento que algo se ha roto dentro de mí y, antes de poder darme cuenta, me he sentado en una esquina a llorar. Esto no puede estar pasando.

Algo se me clava en el estómago y yo hurgo en los bolsillos hasta dar con la rosa de papel que mi amigo me ha regalado. Me la quedo mirando. Él tenía razón, pienso; es preciosa. Pero no me puede gustar. Las rosas son para las mujeres. Me levanto para tirarla, pero me siento incapaz y la guardo.

Lo peor, pienso mientras me acurruco en una sombra, lo peor no es que mi mejor amigo esté enamorado de mí. Lo peor no es que me haya besado... sino el hecho de que yo le he devuelto el beso. Y lo he besado porque quería besarlo. Y ahora no sé qué hacer. Una parte de mí quiere volver a casa, pero la otra parte me grita que eso es una insensatez. Que no está bien.

Me duele el corazón. Sé que tendría que volver, disculparme con mi amigo, pero soy incapaz. Lo que ha hecho no está bien. Es...

surrealista. No quiero que pase, incluso aunque mi mente sepa que es lo que deseo. No quiero.

Así que cierro los ojos y pretendo que no ha sido más que un mal sueño.

* * *

Cuando te despiertas, nos tienes a los tres en tus manos: la muñeca, la pistola y la rosa de papel. Te hemos estado observando mientras dormías. Sabemos cuánto anhelas tenernos de vuelta, cuánto desearías volver atrás y cambiar lo que hiciste. Pero no se puede. Es imposible. Tú hiciste tu elección y nosotros desaparecimos, y ya no hay vuelta atrás.

Te despiertas y te das cuenta de dónde estás, y entonces te asustas. Sales del salón y vas hacia la puerta. Yo no debería estar aquí, dices en voz baja. Nosotros nos acercamos a ti y te susurramos al oído: está bien, no pasa nada, está bien. Pero tú no nos escuchas. No quieres. Nos habías olvidado por fin, y a veces recordar es demasiado doloroso.

Sin decir otra palabra, abres la puerta y te vas, y nos dejas aquí solos. No quieres saber nada de nosotros. Para ti, no somos más que un puñado de recuerdos que no vale la pena recordar. Una casa llena de sueños rotos que el tiempo se ha encargado de enterrar.

Y, a veces, es mejor así.